

LAS RAÍCES QUE DIERON VIDA A RUSIA

Carlos Junquera Rubio, Pamplona, Editorial Eunate, 2017, 783 págs.

*Por Mikhail Rossiyskiy**

El libro de Carlos Junquera Rubio explica y analiza con claridad y precisión la evolución del antiguo estado ruso. Desde sus orígenes en la Rus de Kiev –término historiográfico de cuño decimonónico–, pasando por la Rus de Vladímir o Suzdalia –entre otros principados medievales– y sin obviar los siglos de dominación tártara, el texto recorre una amplia cronología que culmina con el Gran Principado de Moscovia, cuyos gobernantes Iván III e Iván IV el Terrible pusieron los cimientos de la Rusia actual gracias a su política de reunificación.

Rus de Kiev fue el primer estado de Europa del Este que desde los siglos IX – X logró unir a más de doscientas tribus eslavas, finesas y bálticas. El poder político de Kiev –la primera sede sus gobernantes– se extendía a lo largo de un vasto territorio que abarcaba la parte europea de Rusia junto con las modernas Ucrania y Bielorrusia. En la historia de estas naciones la Rus de Kiev ocupa un lugar análogo al que en el pasado de España y Portugal pueden suponer la Hispania Romana o el Reino Visigodo.

Como estado único la Rus de Kiev existió hasta mediados del siglo XII, periodo en el que se desintegra en una serie de principados autónomos gobernados por la misma dinastía Rurikida, comparables en sus dimensiones a los reinos medievales de Europa Occidental. De entre ellos los más importantes fueron la Rus de Vladímir, la Rus de Galitzia-Volynia y la República de Nóvgorod. Entre los principados secundarios hoy se suele destacar al de Polotsk, considerado el antecesor medieval del actual estado bielorruso. No obstante, a pesar de su distanciamiento político, los principados rusos de los siglos XII – XIII siguieron conformando una misma

* Primer Consejero de la Embajada de Rusia en España.

realidad histórica –el pueblo ruso antiguo–, definido por su unidad religiosa, lingüística y cultural.

Sobre este substrato común y bajo la dominación mongola en el Este y polaco-lituana en el Oeste, empezaron a formarse los gérmenes de las naciones modernas de Rusia, Ucrania y Bielorrusia, proceso que ocupa los siglos XIII - XV. Asimismo, es justamente durante este periodo cuando se produjo el ascenso de la estrella de Moscú, originariamente una pequeña fortaleza fronteriza del Gran Principado de Vladímir, luego cabeza de un minúsculo estado que con el tiempo y debido a la actitud enérgica de sus soberanos llegó a ser la capital de un gran imperio. Ya en el siglo XVI, el reinado de Iván IV el Terrible marcó una serie de hitos en el desarrollo sociocultural y tecnológico del país, convirtiendo así al primer Zar de Rusia en el paradigma del reformador exitoso que inaugura un nuevo tiempo en la historia patria.

La relectura más reciente de estos hechos históricos ha venido marcada por el florecimiento de nuevas escuelas historiográficas tendentes a revisar el pasado común de las naciones independientes surgidas tras la desaparición de la Unión Soviética en 1991. Esto, que podría haber sido una corriente interesante, en muchos casos ha acabado incurriendo en una excesiva politización además de en frecuentes faltas a la verdad objetiva.

Los intentos de privatizar la herencia histórica compartida de los tres pueblos, junto con la creación de nuevas mitologías nacionales que poco tienen que ver con los hechos reales son un fenómeno preocupante. Comentando el absurdo de estas tristes tendencias, en una de sus recientes entrevistas el destacado historiador ucraniano Petro Tolochko, gran especialista en la historia de la Rus de Kiev, señaló: “antes los historiadores solían hablar de la amistad indestructible de los pueblos hermanos, hoy afirman que los moskales (los rusos) siempre nos oprimían. Lo paradójico es que lo dicen las mismas personas”.

A pesar de los excesos de los nuevos nacionalismos, no cabe duda de que la objetividad histórica triunfará tarde o temprano, en el momento en el que los historiadores rusos, ucranianos y bielorrusos reconozcan la riqueza y variedad del pasado común que comparten sus pueblos en vez de buscar argumentos ad hoc en aras de declarar a su nación como la más antigua o la más relevante. En este contexto es agradable encontrar un buen ejemplo de imparcialidad y objetividad de la mano de un reputado antropólogo español

como es Carlos Junquera Rubio. Esperemos que su libro, basado tanto en una gran variedad de fuentes originales como en multitud de estudios internacionales, sea una buena introducción para los lectores españoles que se interesen por las raíces históricas de sus vecinos del Este en la Gran Europa del Atlántico a los Urales.